

La campaña arqueológica de 1943 en Gran Canaria

POR ELÍAS BERRA RAFOLS

No nos cansaremos de insistir, al ocuparnos de temas de arqueología aborígen de estas islas, en la necesidad de tratar la de cada una de ellas como cosa independiente y de abstenerse cuidadosamente de generalizar a las otras las observaciones y resultados obtenidos en una determinada isla. Esta marcada individualidad de las culturas indígenas, debida a causas mal conocidas de que ahora prescindimos, se manifiesta de múltiples maneras; una de éstas es la abundancia e importancia relativas de los restos materiales. Así es notorio que la arqueología tiene un campo más vasto y variado de estudio en Gran Canaria que en cualquier otra de las islas y de entre éstas el contraste es, sino el mayor, de los más acusados, si comparamos con Tenerife. Fe de ello la daban desde hace muchos años las colecciones incomparables de El Museo Canario, donde se habían ido acumulando variadas series de objetos móviles de la industria aborígen de aquella isla, desde los rudimentarios tejidos a la cerámica pintada, y desde los útiles especiales de piedra a las famosas pintaderas.

Pero la arqueología como ciencia que trata de estudiar la vida íntegra de las sociedades pasadas a través de sus restos materiales, no debe confundirse con el coleccionismo o la anticuaria, y no puede conformarse con situar en alineadas vitrinas series de objetos desplazados del medio y circunstancias en que fueron usados, en que vivieron. Y a la verdad hay que confesar que, por desgracia, nada más que esto se había intentado en Canarias, hasta fecha bien reciente. Nadie, entre los pocos que por estas cosas se interesaron, se ocupó de determinar y precisar las circunstancias y disposiciones de los hallazgos casuales o intencionados y menos de fijarlas cuidadosamente en planos y alzados, en dibujos o fotografías. El más preparado de los estudiosos del pasado aborígen, el Dr. Verneau, el excelente antropólogo, fué un pésimo arqueólogo, a quien sólo interesaba coleccionar objetos, especialmente cráneos indígenas, y que raramente nos dice nada de aquellas circunstancias de hallazgo y cuando más lo hace confusamente en medio de una literatura polémica muy siglo XIX. Los autores locales como Grau Bassas, Juan Bethencourt, Ramón Castañeyra, Aquilino Padrón, para citar nombres de diferentes islas, con inferior preparación y medios, consiguen a menudo darnos datos más precisos e interesantes sobre hallazgos o exploraciones en que intervinieron que los ofrecidos en los trabajos de aquel sabio. Puede decirse con todo que hasta hace apenas diez años no se había dado un paso para hacer una verdadera arqueología canaria; ello

era más llamativo y lamentable donde, como en Gran Canaria, esta tenía un verdadero aliciente de curiosidad inmediata. Por esto nos sorprendió agradablemente un modesto trabajo aparecido en la revista "El Museo Canario", en 1935, firmado por los señores J. del Río Ayala y A. Doreste García, en el cual, a propósito de unas exploraciones más bien de limitada importancia realizadas en el valle de Agaete, se hacía de ellas un estudio rigurosamente científico y se presentaban con el indispensable material gráfico (1). Al fin teníamos en Canarias personas capaces de saber lo que era arqueología y de llevar a cabo trabajos sistemáticos y, además, publicarlos. Había motivos de felicitarse y de augurar para el futuro interesantes resultados cuando ocasiones más favorables se pudiesen al alcance de dichos estudiosos.

Y, en efecto, la ocasión no tardó en presentarse según supimos mucho después. Allá por 1936, o antes, fueron descubiertos los extraordinarios enterramientos tumulares del Agujero y la Guancha, junto a Gáldar, y creo que los mismos autores del breve trabajo aludido fueron los que pudieron recoger todavía noticias fidedignas del primero, destruido enseguida, y excavaron y estudiaron el segundo, el más importante. Por desgracia las circunstancias que sobrevinieron y otras posteriores han impedido completar esta exploración con la indispensable publicación científica, sin la cual aquella labor puede darse por estéril (2).

Aun es dudoso que estas meritorias actividades respondiesen a un plan de conjunto llevado a cabo sucesivamente. Después, la organización dada por el Nuevo Estado a las actividades científicas en toda España ha encomendado esta misión a las Comisarías Provinciales de Excavaciones Arqueológicas, en dependencia de la Comisaría General de las mismas; y, en Gran Canaria, recayó el cargo en la persona de nuestro amigo D. Sebastián Jiménez Sánchez, que une a un gran entusiasmo dotes de constancia, actividad y trabajo insustituibles; los resultados no se han hecho esperar. La exploración arqueológica de la isla se ha llevado a cabo sistemáticamente y las excavaciones se han sucedido sin esperar los casuales hallazgos, ni tampoco descuidar estos. La labor del Sr. Jiménez, lo sabemos, ha sido diversamente apreciada, especialmente se le ha reprochado por algunos una preocupación excesiva por la reconstrucción o conservación de restos de fábrica aborígenes que la pala ha hecho emerger de la tierra en estado que difícilmente permitía un examen suficiente para tal fin. Es difícil pronunciarse en general en semejantes cuestión, cuya apreciación diferirá en cada caso; pero si la excavación fué escrupulosa y suficientemente

(1) J. del Río Ayala y A. Doreste García: Contribución al estudio de la arqueología prehistórica canaria. Dos exploraciones en el Valle de Agaete. "El Museo Canario", núm. 6, mayo-agosto 1935, págs. 33-49, con un mapa y cinco figuras.

(2) Un dibujo a perspectiva del túmulo de la Guancha fué publicado en una Guía pintoresca de Gran Canaria (sin fecha, hacia 1936), sin otro dato alguno. D. Sebastián Jiménez Sánchez reprodujo este dibujo y un plano del túmulo del Agujero, acompañándolos con algunas noticias interesantes de su hallazgo y excavación, en su trabajo "Embalsamamientos y enterramientos de los canarios" y "guanches", publicado en esta Revista en 1941. Pero esto no puede llamarse todavía una publicación.

acompañada de fotos y apuntes del estado de los restos al salir a luz, que es lo que interesa al arqueólogo, cualquier solución posterior es inocua y puede ser útil desde un punto de vista de curiosidad cultural y turística no despreciable. Lo que en todo caso podemos afirmar, es que las campañas arqueológicas del Sr. Jiménez Sánchez no tienen precedentes en la historia local de estos estudios y que un mundo nuevo de conocimientos ha venido a añadirse a lo poco que sabíamos de la vida y funeraria aborígenes de Canaria.

De parte de esos trabajos tienen nuestros lectores breves noticias, ya por trabajos del propio Comisario (3), ya por notas informativas (4). Aquí trataremos de dar de ellos una noticia sumaria a base de las informaciones de prensa de Gran Canaria y de otros datos particulares; en espera de conocer la Memoria oficial sobre tales trabajos y las publicaciones sistemáticas que esta vez creemos no faltarán y que han de ser la mejor garantía de conservación de los resultados científicos alcanzados.

La exploración y excavación se ha extendido de un lado a numerosos restos de habitaciones y aun poblados enteros canarios (este nombre es el que popularmente se da en la isla a los aborígenes, según confiesa el Sr. Jiménez (5) que por otro lado se resiste a abandonar resueltamente el de guanches, desplazado a Gran Canaria por los eruditos del siglo pasado); y por otro lado a vastos conjuntos de sepulturas de diversos tipos hasta ahora mal conocidos.

En efecto, estas excavaciones han puesto en claro la diversidad de formas sepulcrales aborígenes, que, faltos siempre de cronología, hemos de suponer usadas hasta la conquista. De siempre se nos hablaba de las momias mirradas y depositadas en cuevas, de donde algunas pasaron a colecciones y museos y otras infinitas fueron destruidas. Las cuevas del Barranco de Guayadeque son el tipo clásico de ellas. También era conocido, desde Verneau, el pequeño túmulo de escorias lávicas dispuesto sobre el mismo malpaís volcánico, como sepultura individual; ya el dibujo dado por dicho antropólogo señalaba la forma escalonada, con su torrecilla o cono truncado central. Luego los extraordinarios hallazgos de la Guancha y el Agujero dieron desarrollos insospechados de este tipo aplicados a sepulturas colectivas y monumentales. Pero las excavaciones últimas del Sr. Jiménez Sánchez al darnos a conocer numerosísimos ejemplares de cada forma y en lugares distantes unos de otros en la isla, permiten al fin una clasificación que ya parece completa. Aparte de las cuevas funerarias, tenemos las simples cistas o cajas de lajas como alguna de Mogán, los Caserones (Aldea de San Nicolás), Gambuesillas (Id.) y Lomillo de los Burros (Id.), aquí una caja especialmente bien tallada y cubierta. Al mismo grupo pueden referirse los "enterramientos sencillos contruidos por simples piedras alineadas formando círculo, cuadrados o rectángulos" vistos en el Barranco de Arguineguín.

(3) Trabajo cit. y "Cuevas y taboror de la Montaña de Cuatro Puertas", *Revista de Historia*, VIII, 1942, pág. 80.

(4) *Revista de Historia*, IX, 1943, págs. 83, 183, 184, ante 325 y 355.

(5) "Falange", diario de Las Palmas, 26 septiembre 1943: "Plan nacional de excavaciones arqueológicas en Gran Canaria".



Sepultura colectiva cubierta de tablas de tea, en Mogán (Gran Canaria)

*Foto Comisaría de Excavaciones
Arqueológicas de Las Palmas*



Casa canaria de planta interior cruciforme, de Mogán

*Foto Comisaría de Excavaciones
Arqueológicas de Las Palmas*

Otro grupo distinto lo constituyen las tumbas de torreón piramidal o tronco-cónico, de las que nuestros lectores pueden formar idea por las fotografías de la necrópolis de Arteara publicadas en estas páginas (6). Además de ésta, más o menos conocida de tiempo, hoy nos señala el excavador otras análogas en el Barranco de Mogán, con sepulturas unas veces ovales otras rectangulares en su planta exterior; en el de Arguineguín, donde alcanzan una altura de 1'90 metros; y en el de Agaete, aquí en número que excede de 300. Se trata siempre, al parecer, de sepulturas unipersonales. Pequeños túmulos de escorias menciona también en el Barranco de Silva (Telde).

En fin, quedan las sepulturas colectivas que ya no son los dos ejemplares inusitados de Gáldar, sino que aparecen en todas partes si bien en ningún caso hasta ahora en forma tan completa como el de la Guancha. Aquí mismo afloran los cimientos de varias otras sepulturas múltiples: cinco en Mogán, tres en los Caserones de la Aldea, varios en el Barranco de Arguineguín, con su disposición escalonada. Tipo mixto de éste y el anterior se pueden considerar las dos sepulturas colectivas del Barranco de Agaete, cerradas por muros de trazado elíptico que contienen los torreones sepulcrales propiamente dichos, que aun arruinados alcanzan alturas entre 1'20 y 0'50 metros.

Una sepultura por ahora excepcional es la hallada en Mogán, cuya fotografía reproducimos; se trata de un túmulo encerrado dentro de una pequeña muralla circular que a su vez aparece limitada por un gran anillo de gruesas piedras. "Esta tumba-osario con cista pétreo de 1'95 metros de largo está tapada por dos grandes tablas de tea con una ranura en el centro (mejor agujero en cada una, con piedras especiales para tapanlos) para entrar la mano y permitir levantarla, y varios lajones alargados. En uno de los costados de la fosa y en la parte superior, está una gruesa viga de tea que sostiene las tapas de la sepultura. Dentro de la fosa se recogieron 14 esqueletos humanos... Sobre la tapa de madera... fué hallado un esqueleto humano." Esta extraña disposición no parece asemejarse a nada de lo hasta hoy conocido en la isla.

Por lo que hace a habitaciones, no son menos importantes los resultados de los trabajos del Sr. Jiménez. Citadas de antes o no, ha estudiado numerosas cuevas-viviendas (entre ellas la de nombre tan sugestivo, en Tazartico, cueva de las Tibisenas). Si algunas veces, como las que menciona del Barranco de Arguineguín, son simples colapones completados con muros rudimentarios, las más son cuevas artificiales o ampliadas, que afectan la forma típica de recinto rectangular con alcobas laterales. Esto da una planta aproximadamente cruciforme que es precisamente la usual del interior de las numerosísimas casas aborígenes, más o menos ciclópeas, estudiadas por toda la isla. En efecto, estas casas, por fuera ovales, por dentro cruciformes, en algún caso con restos del envigado de madera, de las que ya hace años la propia Comisaría desbrozó muchas en Gáldar, cerca de los famosos túmulos, aparecen ahora en otros muchos puntos, más o menos arruinadas. En los Caserones, de la Aldea, constituyen también, como en Gáldar, verdadero poblado con calles; en otras partes se ha-

(6) Jiménez Sánchez: "La necrópolis de Arteara", *Revista de Historia*, VIII, 1942, págs. 144 y siguientes y lámina adjunta.

llan también: la Puntilla (Mogán), el Clavo (Gáldar), la Caletilla, las Gambue-sillas (La Aldea), Montaña del Corral Canario (Tocodomán), Pinitos Negros, Lomo Gallón (Arguineguín), etc. De este último lugar se mencionan también casillas circulares por dentro y por fuera, pero evidentemente la disposición cru-ciforme resultante de las dos alcobas laterales debió ser la típica de la casa ca-naria ideal. Desgraciadamente, por ahora los hallazgos no permiten aventurar algo sobre la forma de aprovechar esta disposición.

Los objetos hallados en todas estas excavaciones, salvo la figura esquemá-tica que reprodujimos en nuestro número anterior (frente pág. 325) son, al pa-recer, de tipos conocidos. Su importancia estribará, no en su valor aislado, sino en su relación con el lugar conocido de procedencia, del que carecían la mayo-ría de las "piezas de museo" hasta hoy coleccionadas. Se trata de cerámica, utensilios líticos y óseos y hasta restos de sudarios de junco de una tumba de torreón del Barranco de Agaete. Las demás sepulturas, al parecer, carecen siem-pre de ajuar funerario, si no son algunas de Gáldar, de las que se menciona ce-rámica (como ya se halló, tan notable, en el gran túmulo de la Guancha).

En fin, sólo una publicación sistemática con todo el material gráfico nece-sario permitirá valorar plenamente esta afortunada campaña arqueológica, pu-blicación en la que, creemos, debe huirse por ahora de comparaciones prematu-ras con la prehistoria europea y africana y atenerse simplemente a los hechos. En todo caso no mezclar una cosa con la otra. Pero desde ahora D. Sebastián Jiménez Sánchez, realizador de tanta labor, merece por su entusiasmo, cons-tancia y acierto la felicitación cordial de los que por el pasado de Canarias nos interesamos.